
Entre Larsen y Borneo

ALFAGUARA





© 2013, LOIS & FERNÁNDEZ

© De esta edición:

2013, Aguilar, Altea, Taurus, Alfaguara S.A.

Av. Leandro N. Alem 720 (C1001AAP)

Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina

ISBN: 978-987-04-3077-3

Hecho el depósito que marca la ley 11.723

Impreso en Argentina. *Printed in Argentina.*

Primera edición: agosto de 2013

Coordinación de Literatura Infantil y Juvenil:

MARÍA FERNANDA MAQUIEIRA

Edición:

VIOLETA NOETINGER

Tapa:

CARLUS RODRÍGUEZ

Lois & Fernández

Entre Larsen y Borneo / Lois & Fernández ; ilustrado por Carlus Rodríguez. - 1a ed. - Buenos Aires : Aguilar, Altea, Taurus, Alfaguara, 2013.

176 p. ; 14x23 cm.

ISBN 978-987-04-3077-3

1. Literatura Juvenil. I. Rodríguez, Carlus, ilus. II. Título
CDD 863.928 3

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en, o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma, ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.



PRISA EDICIONES

Lois & Fernández

Entre Larsen y Borneo

Esa mañana, cuando abrí los ojos, no tenía idea de dónde estaba ni recordaba qué me había pasado. Me vi en la cama de un hospital, con tubos por todos lados y una bolsita de suero colgando. Bueno, no sé en realidad si era la mañana pero a mí me parecía: me estaba despertando de un sueño muy pesado, como cuando uno pasa una noche muy larga charlando con los amigos, tomando una que otra cerveza, y se despierta con dolor de cabeza y un terrible cansancio en todo el cuerpo.

Intenté darme vuelta en la cama y me pareció que estaba atado: los tubos no me dejaban levantar los brazos. Una monja con hábito blanco se acercó rápidamente a mi cama.

—No, criatura, ni se te ocurra moverte que te vas a sacar todo. ¿Cómo te sentís?

—¿Qué hago acá? ¿Qué me pasó? —pregunté todavía medio dormido y totalmente desorientado.

—No sé, tal vez más adelante te acuerdes y nos lo puedas contar vos. Apareciste aquí, lastimado y medio inconsciente.

—¿Y esto qué es? ¿El hospital Pirovano? —pregunté acordándome de que una vez, cuando era chico, había terminado en la guardia de ese hospital con un dolor terrible en el estómago.

—No —sonrió la monjita—, el Pirovano queda en Buenos Aires, vos estás en el hospital de Gesell.

Entonces fue cuando me acordé de algunas cosas: yo estaba trabajando en la playa, en el bar del padre de Rodrigo, Ba... Bor..., no podía recordar el nombre...; me había hecho un amigo que se llamaba... ¿cómo se llamaba? Trataba de recordar detalles... Imposible. Veía el mar, las mesitas, me veía a mí mismo limpiando con un trapo y llevando una bandeja pesadísima. Es más: me parecía que todavía la estaba llevando en la mano porque el brazo me pesaba y me dolía mucho. Traté de estirar las piernas pero las tenía endurecidas; en la izquierda, además, sentía una puntada terrible y la tenía vendada.

—Sí, en Gesell —le dije a la monja entre sueños—; entonces me tengo que levantar, voy a llegar tarde al trabajo, y Eduardo...

—Por ahora no vas a ir a ningún lado —me contestó con una extraña sonrisa— y vas a hacer sin protestar todo lo que la doctora te diga.

—Pero es que Eduardo me necesita...

—Es que así como estás no le vas a servir de mucho —me advirtió mientras miraba el suero con ojos de entendida.

La monja ajustó el cañito que colgaba, me hizo una caricia en la cabeza y desapareció.

Quedé todavía más confundido. Intenté gritar, pedirle que volviera, pero apenas tenía fuerzas para hablar.

Pasaron unos minutos, o unas horas... no tenía noción del tiempo. Durante un rato solo sentía el movimiento a mi alrededor, gente que iba y venía, enfermeras que pasaban con frascos y jeringas, todas parecían muy seguras de lo que hacían, atendiendo a los pacientes de las otras camas y sin mirarme siquiera. Empecé a desesperarme. Una de ellas se acercó con el termómetro en la mano y una planilla en la otra. Tenía aspecto de antipática...

—A ver, vamos a controlar la temperatura —me dijo sacudiendo el termómetro antes de ponérmelo.

—¿Me puede decir qué me pasó y por qué estoy aquí? —volví a preguntar desesperado.

—No sé, Matías. Habrá que averiguarlo. Pero por ahora tranquilízate.

—¿Cómo sabe mi nombre?

La mujer no contestó. Sacó el termómetro y anotó algo en la planilla. A esa altura, me parecía estar metido en una película de terror. Intenté sentarme en la cama, pero la enfermera me obligó a quedarme quieto. La verdad, aunque hubiera querido, tampoco habría podido moverme. Me sentía flojo y sin fuerzas.

—Quietito, que ahora viene la doctora. Ni se te ocurra moverte. Dentro de un rato te van a pasar a una sala común.

¿Se habrían puesto todos de acuerdo para mantenerme así, quieto y sin información? Además, veía algo nublado. Busqué mis anteojos. Nada. Sentí que se me hacía un nudo en la garganta. Empecé a pensar en mis viejos, en Luchi, en Paula, en mis amigos, me acordé de Eduardo y de todos los del bar, de Esteban... ¡por fin me había salido el nombre! Sentía que me habían abandonado y que iba a terminar ahí mis días sin que

nadie me buscara. Tenía los ojos húmedos, como si me fueran a saltar las lágrimas, y el corazón me empezó a latir a mil; me parecía estar muerto o casi.

Se abrió una puerta y dos enfermeras entraron conversando. Un enfermero, detrás, arrastraba una camilla. Las mujeres se acercaron a mi cama y casi sin mirarme me desconectaron, mientras el camillero, grandote y sonriente me pasaba como un paquete de la cama a la camilla. Recorrimos varios pasillos. Así acostado como estaba, solo veía pasar rápido las luces del techo. Por fin, llegamos a una sala donde había dos hileras de camas. El camillero leyó un papel y me llevó hasta una que tenía adelante una ventana muy grande. Volvió a pasarme de un lado a otro. Yo sentía dolores por todo el cuerpo y estaba cansadísimo. Cerré los ojos y me quedé dormido.

—Bueno, señor Solari, parece que el pibe se despertó. ¿Cómo estás? —me preguntó una médica joven y sonriente mientras me tomaba el pulso y miraba el reloj.

No lo podía creer: ahí, al lado de mi cama, estaba mi viejo. Tenía los ojos húmedos. Cuando se agachó a abrazarme, no pude más y me largué a llorar con todas las ganas. Nos quedamos así un rato y, hasta me pareció que se me iban los dolores y que me liberaba de los tubos.

—A ver, Matías —me dijo la doctora—, dejame que te revise esa pierna. La sacaste barata, porque la bala ni siquiera rozó el hueso, que si no...

—¿Bala? —pregunté—. ¿Me balearon?

—Eso parece —contestó papá—. A lo mejor, cuando puedas hacer memoria...

—No hay que exigirle mucho, señor Solari; piense que recién está saliendo del shock. El golpe en la cabeza no fue liviano, precisamente. Pero va a ir recuperando la memoria poco a poco. Hay que tener paciencia. Bueno, los dejo. Matías, en un rato viene la enfermera a hacerte la curación. Y tratá de comer; estás muy débil.

La doctora se fue y me quedé solo con el viejo. Se sentó al lado de la cama y me contó lo poco que sabía. Por lo visto, unas noches atrás me había bajado de un auto en medio del descampado, a la madrugada y, a partir de ahí, no habían tenido noticias mías. Yo recordaba algo de un auto y de una chica con voz chillona, pero nada más. Me siguió contando que, después de dos días, aparecí con un balazo en la pierna y un golpe en la cabeza. Un hombre me había encontrado tirado en un baldío y me había traído con su auto hasta el hospital. El desconocido no había dejado ni siquiera su nombre para no comprometerse: claro, no sabía si yo era un chorro o si me habían asaltado o qué.

Me costaba muchísimo hablar, pero igual pregunté por todos. Me dijo que me quedara tranquilo, que estaban bien y que Eduardo, Rodrigo y Esteban —sí, mi amigo del bar se llamaba Esteban— me habían encontrado en el hospital. Que se habían portado muy bien conmigo y que mamá estaba más tranquila ahora que sabía que la cosa no era tan grave. Pero, en realidad, habían tenido que operarme para sacarme la bala y que estaba medicado por el tema del golpe en la cabeza.

Papá siguió dándome charla para entretenerme o, a lo mejor, para ver si yo podía seguir la conversación. Hablaba de fútbol, del torneo de verano, de Tito y los amigos, del auto, de mamá, de Luchi... Yo lo oía como

en sueños y, al final, me quedaba dormido. Sin embargo, cuando volvía a despertarme, me lo encontraba ahí sentado al lado de mi cama. Cada tanto, el que se adormecía era él... claro, yo no podía distinguir los días de las noches. Si entreabría los ojos y estaba todo oscuro y se oía la respiración de los otros enfermos, seguro que era de noche. En cambio, si veía ir y venir a las enfermeras o las visitas hablaban en voz alta, suponía que era de día.

Fueron pasando tres, cuatro días, ¿una semana?, la verdad es que no podía organizar el tiempo en mi cabeza. A horas distintas caían Eduardo, Rodrigo, Valeria, Felipe, Esteban, y se quedaban un ratito. Se los notaba contentos de verme mejor, pero todavía intrigados por lo que me había pasado.

Con el paso de los días fui recuperando la memoria. Una tarde –creo que era la tarde, porque un rato antes me habían dado un horrible puré de zapallo y un pedazo de pollo hervido sin sal– llegó Esteban con un par de revistas para que hojeara, mis anteojos de repuesto, y un MP3 para que escuchara algo de música. En ese momento, y como si de golpe viera una de las películas que le gustaban a él, empecé a recordar imágenes y palabras. Esteban fue el primero en escuchar mi historia.